

Los peces sedientos [*Cuando los peces mueren de sed*, 1963]

José de Arteche

La Voz de España, 1964-01-29: 16.

A Martín de Ugalde, escritor andoaindarra residente en Venezuela, lo traté duramente en estas columnas hace algún tiempo, a propósito de uno de sus libros. Ugalde –fenómeno raro en la gray literaria– no me guarda ningún rencor por aquellas líneas escritas por un impulso de sinceridad. El fino escritor acaba de enviarme su última obra, avalorada por cordialísima dedicatoria. Un libro cuyo título –condensación siempre difícil– comienza siendo un acierto. Se titula "Cuando los peces mueren de sed", y está editado bajo los auspicios del rectorado de la Universidad de los Andes, de Mérida (Venezuela).

El escritor Pelay suele repetirme que los escritores vascos en castellano constituyen en la actualidad un caso notable de claridad combinado con la máxima economía y justeza de estilo, muy superior, en general, al de sus colegas de otras partes.

La lectura del último libro de Martín de Ugalde me recuerda la tajante afirmación del amigo Pelay.

Ugalde es un admirable caso de adaptación a los bellísimos modos venezolanos de expresión verbal, conjugados con nuestras sobrias maneras de expresarnos. Tengo para mí que hoy por hoy son los venezolanos, sobre todo los andinos, quienes más dulce y hermosamente utilizan el castellano.

Escuchar una conversación entre venezolanos es un verdadero regalo. Por una parte está la construcción, elaborada sin el menor esfuerzo, maravillosa de cadencia y de fluidez, y no digamos de ternura; salpicadas las frases de vocabulario antiguo, del tiempo de la colonia, modelo de adecuación a los temas que se tratan. Donde nosotros estamos cargando de dureza cada día más nuestro modo de hablar, se diría que ellos, los venezolanos, se esfuerzan por suavizar todas sus inflexiones.

Martín de Ugalde, al describirnos la iglesia del pueblecito de San Rafael de Mucuchies, nos dirá que se halla "deteriorada", porque la madera que tiene "cienes de años", está "extenuada". Se ve a la legua que el escritor de Andoain utiliza las expresiones del mismo pueblo andino donde toma sus notas. Pero ¿quién es capaz de mejorar en este caso la exactitud descriptiva del adjetivo que expresa el estado de una vieja iglesia de madera en la falda de los Andes?

Con sólo acercarse entrañablemente a los parajes sujetos de literatura en el occidente, centro, oriente y sur de Venezuela, Ugalde consigue relatos que son modelo en el género.

Ahí está San Rafael de Mucuchies, la cabeza de municipio más pequeña y más alta del Estado Mérida, lugarejo que antes era paso obligado de los caballos y mulas para llegar a la ilustre ciudad de Mérida, pero donde ahora, con los aviones y la panamericana, ya casi nadie llega. Pero alcanzó a llegar Ugalde para describirnos con amor este poblado donde hay una posada a cargo de doña Isabel, caritativa señora que tiene recogido al "tontico Antonio", que además es mudo, pero a su vez ayuda todo lo que puede a los

pobres vecinos. En San Rafael, echándole mucha filosofía a la cosa, viven el pulpero Suescun el buen Padre Santiago. Los niños se mueren de hambre y el médico viene una vez por semana, los viernes. Este es el día más cómodo para enfermar en San Rafael.

Gran estilo el de Ugalde. Estilo de no dejarse ni una gota en la estilográfica a fuerza de incidir en los detalles más valiosos. ¡Qué interesante su descripción de las corcovas de cerro que rodean la meseta de Barquisimeto, el lugar del espeluznante arcabuceamiento de nuestro Lope de Aguirre!

Cabalgando en una de esas jorobas encima de la carretera transandina, a unos diez kilómetros de Barquesimeto hacia Carora, hay una rara construcción de ladrillo, a medio hacer. A Ugalde le intriga y se aparta de la carretera. Tres muchachitas de alpargata, con la cabeza cubierta con un paño blanco, avanzan también por el áspero camino de sol y de polvo, donde no se oye más voz que la del viento, Simón Unda, pastor al cuidado de un "ganadito", unas treinta reses, informa a Ugalde que la rara construcción es una ermita a la Virgen de Lourdes, patrona de la carretera transandina, a donde los domingos por la tarde vienen a pagar promesas desde los Andes y hasta de Caracas. Ugalde comprueba que la ermita avanza lentamente, pero segura, al ritmo de la magnífica frase de San Francisco de Sales que figura en varios lugares de la misma como un lema: "Todo por amor, nada por la fuerza".

El libro de Ugalde tiene extraordinario valor folklórico. La vida venezolana de ahora, la que acaso se halla en trance de morir, aparece definitivamente retratada.

¿Quieren ustedes llegarse a San Francisco de Asis de Tiznados, pueblecito que en tiempos tuvo 1.187 habitantes, con una mayoría de 796 blancos? Escuchemos al viejecito que con campesina cortesía viene a recibirnos:

– Angel Maria Bolivar, encargado de la jefatura, para servirles... El periódico llega por tiempos, si, cuando viene el correo, que llega a caballo, a burro o a pie, como cuadro y esté el tiempo. Este pueblo lo mató el paludismo. Cuando lo vencieron, el pueblo estaba ya muerto. El remedio llegó un poco tarde. Lo que ahora falta es la carretera... Miren, esto era la calle Real; más allá quedaba la calle El Porvenir, y más abajo la calle Bermúdez. Ahora sólo quedo yo, los demás murieron o han nacido después de que el pueblo quedó en este caserío arruinado... Y a mí ya me cogió la noche y no puedo salir...